

INTRODUCCIÓN

Con este cuarto volumen concluye la edición de las *Narraciones históricas* de Francisco de Castellví, iniciada en 1997. En él destacan dos grandes temas: la defensa heroica de los barceloneses y la represión contra los catalanes después de la derrota. De la primera, relatada por Castellví con minuciosa –y a veces farragosa– meticulosidad, debe destacarse el ritmo de creciente dramatismo a medida que se intensifican los bombardeos, escasean las municiones y las provisiones de boca, y hasta la leña para cocinar. La convicción de unos pocos –de Villarroel, de Rafael Casanova o del propio Castellví– sobre la inutilidad de la defensa cuando se acerca el 11 de septiembre contrasta con la voluntad de la mayoría de la población, siempre esperanzada en una ayuda del resto de Cataluña, un cambio de dinastía en Inglaterra o un milagro. La actitud de las mujeres, empujando a sus maridos e hijos a la lucha, o sustituyéndolos en puestos no estrictamente bélicos para que ellos pudieran dedicarse plenamente a la defensa –algunas incluso pretendiendo tomar las armas– bastaría para medir la intensidad de la lucha.

La defensa de Barcelona fue una lucha política llevada a cabo como un deber religioso. Es verdad que la sociedad barcelonesa era profundamente religiosa y piadosa, y el texto de Castellví está lleno de pruebas –como las rogativas públicas por el éxito de la defensa, o la consulta a través de los confesores sobre el estado de ánimo de los sitiados–; pero esto no significa que los barceloneses pensasen en una guerra de religión en defensa de la fe –lo que sí pensaban los castellanos al principio de la guerra cuando luchaban contra los anglicanos y los protestantes, aliados de los catalanes–; pero al defender fueros, privilegios y libertades, que sabían irremediablemente perdidos en caso de derrota, lo hacían con la convicción de que a ello les obligaba en conciencia un deber moral.

Les movía también la conciencia de ser el postrer baluarte de la libertad en España. En el último manifiesto de los Comunes a los barceloneses, publicado el 11 de septiembre a las tres de la tarde, se decía: «... siendo la esclavitud cierta y forzosa, en obligación de sus empleos, [los comunes] explican, declaran y protestan a los presentes y dan testimonio a los venideros de que han ejecutado las

últimas exhortaciones y esfuerzos, protestando de todos los males, ruinas y desolaciones que puedan sobrevenir a nuestra común y afligida patria y exterminio de todos los honores y privilegios, quedando esclavos junto con los restantes engañados españoles y todos en esclavitud del dominio francés; pero, con todo, se confía en que todos, como verdaderos hijos de la patria, amantes de la libertad, acudirán a los puestos señalados a fin de derramar gloriosamente la sangre y vida por el Rey, por su honor, por la patria y por la libertad de toda España».

La derrota va a llevar a la represión; si aquella fue apasionada, ésta fue feroz, intensa y persistente. Y la alusión al «dominio francés» se hace meramente retórica a la vista de quienes fueron los agentes de la represión: los mismos españoles. La opuesta actuación de Popoli y de Berwick durante el sitio ya era un presagio de lo que sucedería cuando el segundo fuera sustituido. Berwick, y en general las tropas francesas, actuaron con exquisita caballerosidad, si se tiene en cuenta la dureza del asedio y la tenaz resistencia de los barceloneses. Pero Berwick fue todo lo magnánimo que podía ser en el momento de la capitulación, evitando el saqueo, y en los días subsiguientes las tropas francesas se convirtieron en defensoras de los rendidos cada vez que los oficiales o soldados españoles intentaban imponer su fuerza y aprovecharse de su aparente impunidad. Por eso, «comenzaron los naturales a concebir inclinación a los extranjeros, porque era del todo intolerable el estilo y tono con que las demás tropas los trataban».

Por eso, toda la guerra, pero en especial su dramático final y la posguerra, adquiere las características de una lucha civil, que se hace ciertamente en el contexto de una contienda internacional. Pero cuesta muy poco olvidarse de esta condición de guerra europea y ver sólo a españoles luchando contra españoles. Basta leer a Castellví:

«La antipatía que permitió Dios para castigo de todos los españoles, que se concibió en el tiempo de la guerra entre los de la Corona de Aragón y los moradores de las demás provincias de España, promovía a los términos de desesperada defensa. Los españoles sitiadores aspiraba a la venganza. Teñida en sangre se miraba la Cataluña porque poco o ningún cuartel se daban los dos partidos. [...] Esta sangrienta guerra, que acumuló en toda España ruinas, incendios y infortunios, fue el más principal instrumento de sus propios naturales, que no los que ocasionó la invasión de extranjeras naciones. Parece que aún en los últimos respiros de Barcelona permitió la impenetrable Providencia que los mismos españoles padeciesen los mayores estragos, enfurecidos contra sí mismos. [...] Enfurecióse con tanto ardor porque conocieron los sitiados eran españoles sus opositores, y éstos se animaron conociendo eran los ciudadanos con la bandera de Santa Eulalia. No puede la humana comprensión explicar cuál era el ardor y encono. Cuartel, no se daba ni se tomaba. Los sitiados, aún moribundos, los sitiadores les arrojaban de la muralla abajo, porque impedían en el ámbito del terraplano el curso al combate, a la venganza y al furor. En fin, dispuso el acaso, o la Providencia, que la nación española en el último aliento de esta guerra fuese homicida de sí misma.»

La protección francesa se hizo inútil cuando Berwick, al fin y al cabo un hombre de Luis XIV, dejó el mando de las fuerzas de ocupación y la política catalana se hizo al dictado del Ministerio de Felipe V, primero con el príncipe

Tserclaes-Tilly y después con el príncipe Pío. Entonces se vieron el desarme de toda la población, la deportación de los principales jefes militares, el suplicio de Moragues por haber intentado huir, el destierro de todos los obispos nombrados por el Archiduque, la confiscación de bienes de los más destacados responsables de la defensa, a pesar de las garantías dadas por Berwick, la destrucción del barrio de Ribera para construir la Ciudadela; y, en fin, el decreto de Nueva Planta de reforma de la Audiencia, la institución del catastro, la sustitución de las universidades existentes por la nueva de Cervera. Pero todos estos decretos no fueron quizá tan turbadores como el que expidió, en catalán, el 8 de junio de 1715 el vicario general de la diócesis de Barcelona Baltasar de Bastero (recuérdese que el obispo titular era Benito Sala y Caramany, destacado austriacista, exiliado en Roma, y que moriría dentro de pocos días). Bastero excomulgaba *latae sententiae ipso facto* a todos aquellos que, de palabra o por escrito, divulgasen voces contra la obediencia, el vasallaje o la fidelidad debida a Felipe V; y hacía reos de pecado mortal a quienes no le obedecieran, sirvieran y veneraran. En el mismo decreto se anunciaba la publicación de unas listas con los sacerdotes y religiosos autorizados para confesar, con exclusión automática de los no nombrados, lo cual significaba que sólo confesarían los filipistas declarados y quedarían excluidos los austriacistas o los sospechosos de serlo. Este decreto, que Castellví publica muy resumido,* podía ser mucho más efectivo que las más violentas amenazas de castigos físicos, de multas, destierros, cárceles o muertes. Y podía tener como efecto la quiebra de la coherencia de la sociedad catalana.

A pesar de todo, los catalanes siguieron esperando un cambio, un milagro que llevara a la recuperación de sus fueros y libertades y sentara al Archiduque en el trono de Madrid. Y siguieron esperanzados la ruptura entre España y la Francia del Regente, la invasión de Navarra por las fuerzas francesas mandadas precisamente por Berwick, y las marchas y contramarchas de Barceló, el *Carrasquet*. Sólo a partir de la Paz de Viena (1725) debieron de ver que la situación era ya irreversible y el espíritu de resistencia, en Cataluña y en el exilio vienés, fue languideciendo.

En estos últimos años se ha producido un renovado interés por los estudios históricos sobre todo lo relacionado con la guerra de Sucesión, el austriacismo y el 11 de Septiembre, favorecido por la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Carlos II y de la subida al trono español de Felipe V. En este contexto, la publicación de las *Narraciones* de Castellví es un aportación que creemos de primer orden. Al hacer esta afirmación no pretendemos atribuirnos un mérito que no nos corresponde. Y estamos convencidos de que estos estudios seguirán emergiendo, rompiendo crostas hechas de tópicos o de intereses ideológicos, donde el texto de Castellví seguirá teniendo un papel fundamental.

Nunca se insistirá bastante en la importancia histórica de este período y en el impacto que los acontecimientos de aquellos años tuvieron para la historia poste-

* Puede leerse entero en Sobrequés i Callicó, Jaume (ed.): *L'Onze de Setembre i Catalunya*, Barcelona, Undarius, 1976, pp. 96-101.

rior de Cataluña y de España. Por tanto, la proliferación de estos recientes estudios añadirían, si acaso, un argumento, por supuesto secundario, sobre la lucidez de quienes vieron la necesidad de esta edición, tal como decíamos en la introducción del primer volumen: el doctor Francisco Canals sugiriéndola y la Fundación Elías de Tejada afrontando el esfuerzo que ha supuesto.

La lectura completa de la obra, hecha sin *parti pris*, de quien es testigo ocular y cronista de hechos, actitudes, ambientes y sensibilidades, ha de servir para superar falsos tópicos que han condicionado la historia y la política. Estos tópicos van desde ver la actitud de Cataluña en esta guerra como el despertar de un nacionalismo romántico-liberal *avant la lettre* hasta quienes la vieron –y la siguen viendo– como ciega e irracional –admirable pero perniciosa como ejemplo, equivocada y vivida contra «el sentido de la historia»–; pasando por quienes deben hacer malabarismos para disimular ante la opinión pública que comparten ambos tópicos.

Al culminar nuestra tarea como editores, reiteraremos nuestro agradecimiento a todos cuantos nos han ayudado, de una forma u otra, a llevar a cabo esta obra. También nuestro agradecimiento a quienes durante estos años se han interesado por nuestro trabajo, apremiándonos a su conclusión i manifestando el interés con que esperaban la aparición de cada volumen.

LOS EDITORES